

GUERRA INVISIBLE

**DESENMASCARANDO LA BATALLA
ESPIRITUAL EN LA ERA POSMODERNA**

Guerra Invisible, Desenmascarando la batalla espiritual en la era posmoderna **2da Edición**

Presencia Editores 2025
Cartago – Colombia

© 2025 Gerrit Vreugdenhil

Edición: Presencia Editores
Diseño y Diagramación: Mateo Jiménez

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos de esta publicación han sido tomados de la Reina-Valera Contemporánea «RVC» ® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602). Otras revisiones: 1862 y 1909. Usada con permiso.

El texto bíblico indicado con «NBLA» ha sido tomado de las Escrituras Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usada con permiso. www.NuevaBiblia.com

El texto bíblico indicado con «NVI» ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® © 1999, 2015, 2022 por Biblica, Inc. ® Usada con permiso. Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada, grabada o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio - mecánicos, grabación, fotocopias u otro -, sin la autorización previa del publicador, excepto por citas breves.

Categoría: Vida Cristiana
Impreso en Colombia
Distribuido por Presencia Editores
☎ +57 304 628 1297, www.PresenciaDios.com
Carrera 17 No. 9a-35, Cartago, Colombia.

Índice

Prólogo	5
Testimonio: La Iglesia perseguida, fe bajo fuego	9
1. ¿Guerra Invisible?	11
Testimonio: La batalla espiritual, una realidad constante	19
Parte I El Reino de Dios y el reino de las tinieblas	21
2. El Reino de Dios	23
Testimonio: La batalla no es solo un sueño	39
3. La creación es un territorio ocupado	41
Testimonio: Embajadores valientes en la misión de Jesús	69
4. La victoria de Jesús sobre el maligno	71
Testimonio: El enojo incontrolable, una puerta abierta al enemigo	85
Parte II Estar en guardia	87
5. La influencia de Satanás	89
Testimonio: Jugando con fuego, la realidad de las fuerzas espirituales malignas	103
6. Acompañando a Jesús en el desierto	105
Testimonio: La batalla espiritual en la adicción, camino hacia la libertad	123
7. Perder terreno ante el adversario	125
Testimonio: El caso de María, cuando el ocultismo abre puertas	159
8. El león rugiente y la iglesia	161
Testimonio: La batalla espiritual de las mentiras y engaños, el caso de Carlos	181

Parte III Fuerte en la lucha	183
9. Identidad en Cristo	185
Testimonio: El caso de Ana, sexualidad, culpa y restauración	197
10. La renovación del pensamiento	199
Testimonio: La batalla espiritual de un carácter conflictivo	217
11. Equipados para la batalla	219
Testimonio: La batalla espiritual en el chisme, el caso de Claudia	235
12. La buena batalla de la fe	237
Testimonio: La misión de Jesús y la realidad de la batalla espiritual	243
Bibliografía Seleccionada	245

Prólogo

Nuestra hija mayor, Rachel, cuando tenía ocho años comenzaron a sucederle cosas extrañas: se despertaba abruptamente en medio de la noche y venía a nuestro dormitorio sin poder explicar la causa. Este patrón persistió durante varias semanas. Al principio lo atribuimos a su proceso de crecimiento, pero al no desaparecer, empezamos a sentir inquietud. Nos preguntábamos qué le ocurría a nuestra hija y por qué tenía dificultades para conciliar y conservar el sueño.

En una mañana al orar por ella, se me presentó una imagen en mi mente, se trataba de un obsequio de cumpleaños que había recibido mi hija, por parte de uno de sus compañeros de clase en Chile; nunca habíamos relacionado este asunto con tal objeto. Era un círculo con una especie de tejido de hilo en su interior y en la parte inferior otros hilos con plumas colgantes. Inicialmente, este regalo no nos entusiasmó demasiado, pero al no compartir creencias en tales cosas, restamos importancia a su significado; por lo tanto, esta curiosa artesanía había terminado siendo colgada sobre la cama de mi hija.

¿Podría estar vinculado su inquietante despertar en medio de la noche con este objeto?, no quería aceptar esa posibilidad. Sin embargo, más tarde ese mismo día, en una conversación privada con mi hija, compartí mis pensamientos surgidos durante la oración. Fue entonces cuando ella reveló que había estado teniendo pesadillas, lo cual le impedía conservar el sueño. No había compartido esto con nosotros previamente.

El obsequio mencionado era un *atrapasueños*, un objeto que tiene una antigua tradición que se remonta a un pueblo indígena de América del Norte. La nota que acompañaba el regalo, ignorada inicialmente, decía que: *‘según la leyenda, los sueños descienden a través de la red del atrapasueños, los sueños malos se atascan en la telaraña y solo los buenos caen por las plumas’*. Así que los atrapasueños

según esta creencia te ayudan a dormir mucho mejor. Pero sucedió todo lo contrario.

Con determinación, optamos por quemar el *atrapasueños* en el jardín y, al hacerlo, rogamos a Dios que erradicara cualquier influencia negativa de su vida y su entorno. A partir de entonces, mi hija dejó atrás las pesadillas y su sueño volvió a ser tranquilo. ¡GLORIA A DIOS!

Este incidente me hizo más consciente de la realidad de la lucha espiritual. Como creyentes, nos enfrentamos a un adversario que procura infiltrarse en todos los aspectos de nuestra vida, hogar y familia. Por eso estamos llamados a resistirle con una fe inquebrantable (1 Pedro 5:9), confiando en que tanto nosotros como nuestros hijos pertenecemos a Cristo.

La razón que me llevó a escribir este libro nace de mi experiencia como misionero en Chile. Durante mi tiempo como profesor en un seminario evangélico y pastor en una iglesia presbiteriana, fui testigo y escuché de primera mano numerosos relatos de estudiantes y miembros de la congregación sobre sus batallas contra el pecado y las fuerzas malignas. Sin embargo, estas vivencias adquirieron una profundidad aún mayor cuando nos encontramos confrontados por estas mismas situaciones en nuestra propia familia.

Las experiencias vividas en Chile influyeron profundamente en este libro. Aunque reconozco las diferencias entre la realidad holandesa, chilena y colombiana, creo que las lecciones aprendidas pueden enriquecer tanto a los creyentes en Europa como en América Latina.

En la Europa Occidental en la que nos desenvolvemos, a menudo se tiende a pasar por alto la existencia de espíritus y demonios, o a minimizar su influencia en gran medida. Frente a desafíos como enfermedades o depresión, nuestra primera inclinación suele ser buscar el respaldo exclusivo de profesionales médicos y psicológicos. No obstante, en muchas ocasiones, descuidamos la posibilidad de una dimensión espiritual que podría estar actuando detrás de estos

problemas. Esta realidad también puede ser determinante en casos particulares.

Es común que, cuando las iniciativas misioneras en una comunidad eclesial no logran el éxito esperado, atribuyamos esta situación a una falta potencial de formación o habilidades en apologética¹, mientras que raramente consideramos la posibilidad de una desafiante oposición demoníaca. En esta era, enfrentamos diversas manifestaciones de violencia que no pueden pasarse por alto. A pesar de que, como cristianos, nos esforzamos por tomar en serio la revelación bíblica, a menudo tendemos a subestimar lo que las Escrituras nos revelan acerca de los poderes espirituales malignos.

En el contexto sudamericano, afortunadamente, se otorga una mayor consideración a la realidad de las fuerzas del mal. Sin embargo, durante nuestros años como misioneros en América Latina, hemos observado dos extremos, por un lado, quienes tienen un considerable temor hacia los poderes malignos, y por el otro, quienes pareciera que la batalla espiritual acapara toda la relevancia. Con este libro, quiero enfocar de manera bíblica y equilibrada esta dimensión espiritual de la lucha contra el mal, para proporcionar una visión más clara y equilibrada.

Esta obra no solo recoge las experiencias que hemos vivido en Sudamérica, sino que también se ve influenciada por mi arraigo en la tradición de la Reforma. Además de en-

¹ La apologética cristiana es una rama de la teología que se centra en la defensa y justificación de la fe cristiana. Su objetivo principal es proporcionar argumentos racionales, evidencia histórica y respuestas a las objeciones y críticas dirigidas contra el cristianismo. La apologética cristiana aborda una amplia gama de temas, incluyendo la existencia de Dios, la confiabilidad de las Escrituras, la historicidad de Jesucristo, el problema del mal, la relación entre la ciencia y la fe, entre otros. Utiliza diversos métodos y enfoques, como la filosofía, la lógica, la historia, la arqueología y la ciencia, para respaldar la verdad y validez del cristianismo como una cosmovisión coherente y convincente.

señar sobre el Antiguo Testamento en Chile, los Países Bajos y Colombia, he ejercido como pastor en la Iglesia Reformada de los Países Bajos durante más de 25 años. En cierto sentido, mis raíces en esta tradición también influyen en mi enfoque de la interpretación bíblica y en mi agudeza para abordar el tema de la guerra espiritual.

Aunque este tema puede ser más prominente en los círculos evangélicos y carismáticos, no debe pasarse por alto por parte de creyentes de otras tradiciones. Después de todo, es un tema que recibe una amplia atención en las Escrituras. Por la centralidad de la 'sola scriptura' en la Reforma, resulta esencial que este asunto no quede sin una reflexión profunda y seria.

Tengo la convicción de que, como creyentes y miembros de la iglesia de Jesucristo, debemos estar preparados para afrontar eficazmente las influencias malignas.

El propósito central de este libro es afirmar que solo cuando tengamos una comprensión clara y bíblica de las artimañas del diablo, y una visión firme del poder triunfante de la cruz y la resurrección de Cristo, estaremos preparados para enfrentar eficazmente sus influencias.

Esta segunda edición incluye una valiosa novedad: al final de cada capítulo hemos añadido una meditación breve, tomada de situaciones reales, que ilustra de manera concreta el tema tratado. Cada una de estas reflexiones concluye con una pregunta para la reflexión personal o en grupo, con el fin de ayudar al lector a aplicar las verdades bíblicas a su vida diaria.

Mi más sincero agradecimiento a todos aquellos que han contribuido en la elaboración de este libro. Mi oración y deseo es que esta obra nos brinde un mayor equipamiento para la batalla que todos debemos enfrentar.

Gouda, Países Bajos, agosto 2025

Dr. Gerrit C. Vreugdenhil



Testimonio: La Iglesia perseguida, fe bajo fuego

El pastor David, en el norte de Nigeria, nunca imaginó que su iglesia —ese lugar de paz, oración y esperanza— terminaría reducida a cenizas. Una mañana de domingo, mientras se preparaba para el culto, un grupo de extremistas armados irrumpió en la aldea. Quemaron la iglesia, incendiaron las casas y dejaron tras de sí un rastro de muerte y devastación. David y algunos miembros lograron escapar, pero el dolor era insoportable: años de fe, servicio y comunidad destruidos en cuestión de minutos.

La historia de David no es un caso aislado. En Nigeria, los ataques contra iglesias cristianas son frecuentes. Grupos como Boko Haram y los pastores fulani persiguen con brutalidad a los creyentes. Su objetivo no es solo destruir edificios, sino apagar la fe, sembrar miedo y silenciar el testimonio de Cristo.

Pero lo asombroso es esto: el pastor David perdió su templo, pero no su fe. En medio de la ceniza, sigue aferrado a la esperanza en Jesús. Vive lo que el mismo Señor advirtió a sus discípulos:

«Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros[...] porque no sois del mundo, sino que yo os escogí[...] por eso el mundo os odia» (Jn 15:18–19).

Estas palabras cobran un peso inmenso en contextos como Nigeria, donde hombres y mujeres sufren hostilidad únicamente por confesar a Cristo. Y no solo allí: en Oriente Medio, África y Asia, el radicalismo islámico, hinduista y bu-

dista sigue persiguiendo a la iglesia. No se trata solo de edificios derribados, sino de pastores encarcelados, creyentes asesinados y leyes que restringen severamente la fe.

Y, sin embargo, la iglesia perseguida se levanta como un testimonio vivo. No se calla. No se rinde. Su sufrimiento anuncia al mundo que seguir a Cristo tiene un costo, pero también una recompensa eterna. Jesús lo dijo con claridad:

«En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo» (Jn 16:33).

La pregunta es: ¿qué hacemos nosotros, que disfrutamos de libertad? La iglesia perseguida nos recuerda que nuestra comodidad no debe adormecernos. Estamos llamados a orar por ellos, a apoyarlos y también a aprender de su valentía y fidelidad.

La historia del pastor David es solo una entre miles. Pero en medio de la oscuridad, su fe nos muestra una verdad poderosa: cuando todo lo terrenal se derrumba, Cristo sigue siendo la roca inmovible.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué te enseña el testimonio de los cristianos perseguidos sobre cómo confiar en Jesús en medio de tus propias pruebas?
2. ¿De qué manera puedes mostrar solidaridad con ellos, ya sea a través de tu oración, tu apoyo o al compartir su historia con otros?
3. ¿Qué cambios en tu vida cotidiana podrías hacer para vivir tu fe con más valentía, aprendiendo del ejemplo de quienes sufren por Cristo?

¿Guerra Invisible?

1

«[...] ¿No es acaso una lucha la vida del hombre sobre la tierra?» (Job 7:1 NBLA)

El lamento de Job, expresado hace siglos, sigue resonando hoy. Las noticias actuales muestran batallas por la supervivencia, la oposición al maltrato y los abusos, la impactante realidad de la guerra y la violencia, las conmovedoras historias de refugiados y desplazados, así como la implacable opresión impuesta por dictaduras y regímenes violentos. Estos temas predominan en las noticias de hoy en día.

La comprensión de que una batalla espiritual se desarrolla en diversos aspectos de la vida genera una serie de interrogantes. ¿Cuál es el origen de esta batalla? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Contra qué oponente nos enfrentamos? Además, ¿es necesario que el creyente dedique tanta atención a esta contienda?

Una batalla que no se detiene

Surgen conflictos y rumores de guerra, se presencian estallidos de violencia con motivaciones religiosas y se leen relatos sobre las atrocidades cometidas por terroristas musulmanes en Oriente Medio. Se transmiten las imágenes de Siria y de las zonas en crisis de África, lugares donde las guerras civiles han dejado un creciente saldo de víctimas y poblaciones enteras desplazadas. ¿Qué está ocurriendo en el mundo? ¿Por qué se produce tanto daño entre las personas? Estas preguntas se abren paso en la mente y la envuelven. ¿Es posible discernir la mano de Satanás en todo esto, dado que, a fin de cuentas, él es un asesino desde el principio (Jn. 8:44) y su propósito es robar, matar y destruir a la humanidad (Jn. 10:10)? ¿Acaso Job pensaría lo mismo?

El sufrimiento de la iglesia perseguida plantea un desafío profundo. La influencia del extremismo islámico, así como

del hinduismo y budismo radicales, está en constante aumento en diversas regiones; tanto en Oriente Medio como en África y Asia, la persecución de los cristianos alcanza en ocasiones niveles extremos. Esto se evidencia no solo en los ataques a edificios eclesiásticos o en el encarcelamiento y asesinato de pastores y creyentes, sino también en leyes anticonfesionales, la marginación familiar y el control dictatorial.

En muchas partes del mundo, los cristianos y las minorías padecen en silencio sin que su llamado de auxilio resuene claramente. ¿Qué decir de los perpetradores del Estado Islámico, que decapitan a individuos indefensos? ¿O de las bandas de Boko Haram², que saquean y cometen violaciones, dejando a su paso una estela de destrucción? ¿Y qué podemos pensar del destructivo poder de líderes como Kim Jong-un en Corea del Norte, así como de otros gobernantes que imponen un régimen cruel sobre su pueblo? ¿No es acaso evidente la mano del diablo en estos acontecimientos?

En la actualidad, con la disminución de la influencia del cristianismo en la sociedad, se observa cómo cada vez más personas están creando sus propias interpretaciones religiosas. Ya no importa tanto si algo es verdadero, sino más bien, de si es atractivo y genera bienestar; este enfoque se ha vuelto el criterio determinante. En muchas publicaciones contemporáneas, los rituales paganos se entremezclan con símbolos y testimonios cristianos. Para muchos, el Dios de la Biblia parece carecer de existencia y esto da la impresión de que todo es permitido.

² Boko Haram tiene su foco principal de actuación en el país africano de Nigeria, hoy uno de los más poblados del mundo. Situado en el África occidental, cuenta con un sistema de gobierno propio de una república federal presidencialista.

Las personas buscan establecer contacto con los fallecidos a través de médiums, practican el espiritismo³ o buscan respuestas a las cuestiones de la vida mediante el uso de una tabla Ouija; sin detenerse a considerar si estas acciones son correctas o si conllevan algún tipo de riesgo. Este comportamiento no resulta tan sorprendente si se reconoce en el diablo las sutiles tentaciones del maligno, quien, como un ángel de luz (2 Cor. 11:14), intenta seducir a las personas a cruzar los límites establecidos por la sabiduría de Dios (Dt. 29:29).

Estos son temas sumamente profundos y plantean cuestiones desafiantes. ¿No sería más adecuado enfocarse en aspectos positivos, como compartir las buenas nuevas del Evangelio de Jesucristo con la gente? Al final del día, nuestro objetivo es guiar a las personas hacia la fe en Cristo, esa es la misión que nos ha sido encomendada como iglesia. Es el anhelo del Señor Dios, quien no desea que ningún ser humano se pierda (2 Pd 3:9). No obstante, esta no es la historia completa. La proclamación del evangelio, conforme al mandato misionero de Cristo, ciertamente constituye el núcleo de nuestra identidad como Iglesia (Mt. 28:16-20); sin embargo, esta misión está intrínsecamente ligada a la batalla espiritual desde sus inicios.

Cuando Jesús envía primero a los doce y luego a los setenta discípulos, les otorga poder y autoridad sobre los demonios (Lc. 9:1; 10:17). En Hechos 10:38 se relata cómo Jesús, ungido con el Espíritu Santo, sanó a todos los que estaban oprimidos por demonios. Juan afirma que Jesús vino para deshacer las obras del diablo (1 Jn. 3:8; véase Heb. 2:14) y Pablo describe cómo Cristo en la cruz triunfó sobre los poderes malignos (Col. 2:14-15). En consecuencia, toda la vida de Jesús estuvo marcada por la contienda espiritual,

³ El espiritismo es una creencia o práctica que involucra la comunicación con los espíritus de los muertos, a menudo a través de un médium o canalizador, con el propósito de obtener orientación, consejo o mensajes del más allá.

y esta misma realidad se extiende a aquellos que lo siguen. Al reflexionar sobre la fe en Cristo y nuestra vocación como creyentes, es ineludible enfrentar la realidad de la guerra espiritual.

Esto nos da un abrebocas a lo que nos encontraremos en los próximos capítulos. Y es que debemos ser conscientes y estar alerta de las artimañas del enemigo, que desde su caída ha tenido como trabajo influenciar a la mayor cantidad de personas que pueda y por esto estamos en una constante guerra espiritual en la tierra.

Demasiada o poca atención

Al considerar la guerra espiritual, es crucial evitar caer en dos extremos: la exageración y la minimización.

Es importante evitar prestar excesiva atención al diablo, asociando cada suceso con él o viendo a Satanás y sus demonios detrás de cada dificultad. A veces se escucha la frase: 'El diablo es poderoso, pero Dios es todopoderoso'. Sin embargo, esta afirmación puede sugerir que el adversario es casi tan poderoso como Dios, lo cual, por supuesto, no es cierto. La Biblia nos enseña a mantener una perspectiva adecuada sobre el poder de Satanás; él fue derrotado por Cristo en la cruz (Lc 10:17-19; Ap 12:7-12).

Por otro lado, también es posible minimizar la influencia perniciosa del maligno y pasar por alto su presencia, lo cual tampoco resulta prudente. Aunque el adversario haya sido vencido, no obstante, su labor engañosa persiste en la tierra, y por ello debemos permanecer en alerta.

El escritor inglés C.S. Lewis articula el dilema de esta manera en su libro *Cartas del diablo a su sobrino*:

'En lo que se refiere a los diablos, la raza humana puede caer en dos errores iguales y de signo opuesto. Uno consiste en no creer en su existencia. El otro, en creer en los diablos y sentir por ellos un interés excesivo y malsano. Los diablos se sienten igualmente halagados por ambos errores,

*y acogen con idéntico entusiasmo a un materialista que a un hechicero.*⁴

Los cristianos que se toman en serio la Biblia creerán en la existencia de Satanás y los demonios. Sin embargo, esto no necesariamente significa que siempre tengan en cuenta estas fuerzas malignas en su vida cotidiana.

Dentro de las propias Escrituras, hallamos un equilibrio apropiado. La Palabra de Dios nos exhorta a permanecer vigilantes y sobrios, a resistir al diablo (Santiago 4:7), y nos ordena estar alertas, dado que el diablo busca a aquellos a quienes puede enredar en sus artimañas. Al mismo tiempo, es imperativo mantener la sobriedad, ya que, a través de la cruz, Cristo triunfó sobre el adversario y prevaleció sobre él.

Este equilibrio bíblico se expresa con precisión en el Catecismo de Heidelberg.⁵ En la respuesta a la pregunta 1, que aborda cuál es el único consuelo o fundamento, se establece: *‘Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, no pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo, quien me liberó del poder del diablo [...]’*.

⁴ C.S. Lewis, *Cartas del diablo a su sobrino*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 2005 (tercera edición en Español), 23.

⁵ El Catecismo de Heidelberg, no se trata de ninguna enseñanza católica, es un manual de Instrucción Cristiana protestante, un documento teológico que explica los principios fundamentales de la fe cristiana, especialmente dentro de la tradición reformada. Lleva el nombre de la ciudad de Heidelberg en Alemania, donde fue redactado en los años 1562-1563. Fue escrito por Zacharias Ursinus y Caspar Olevianus como parte de un intento de lograr la unidad religiosa entre distintas iglesias cristianas. El manual de Heidelberg consta de 129 preguntas y respuestas, divididas en 52 domingos, destinadas a enseñar la doctrina de la fe durante todo el año. Trata temas como el pecado y la redención, los sacramentos del bautismo y la comunión, y la conducta cristiana. Es un documento teológico importante dentro de la tradición reformada y sigue siendo utilizado como material de enseñanza y confesión en muchas iglesias reformadas de todo el mundo. Lo que en aquel entonces se conocía como el 'Catecismo de Heidelberg', hoy en día podríamos describirlo como un completo curso de discipulado cristiano.

A través de la obra expiatoria de Cristo, el creyente puede comprender que ha sido liberado del dominio del diablo, pero aún no está exento de su influencia. En la explicación del Padre Nuestro en el mismo Catecismo, en la respuesta 127, se expone acerca de la frase 'líbranos del maligno': *'Nosotros mismos somos demasiado débiles para sostenernos, ni siquiera por un momento. Y nuestros enemigos jurados: el diablo, el mundo y nuestra propia carne, no dejan de atacarnos. Por lo tanto, Señor, sosténnos y fortalécenos con el poder de tu Espíritu Santo, para que no caigamos derrotados en esta lucha espiritual, sino que podamos resistir con firmeza a nuestros adversarios hasta alcanzar finalmente la victoria total'*.

La vida del creyente se encuentra en el punto intermedio entre estos dos polos: Cristo nos ha liberado del poder del maligno y, al mismo tiempo, debemos resistirle cada día. Por lo tanto, la lucha persiste mientras vivamos en este mundo terrenal.

El hilo conductor de este libro

Cuando se aborda la cuestión de la guerra espiritual, surgen una serie de interrogantes. ¿Qué significado tiene la victoria de Cristo en la cruz para el creyente del siglo XXI? ¿Puede el diablo deshacer la obra salvífica de Cristo? ¿Qué tipo de daño puede aún causar el adversario de Dios en el mundo, en la iglesia de Cristo y en la vida personal? ¿Cuál es la posible influencia del diablo en la vida de los hijos de Dios?

La *primera* sección de este libro se enfoca en los aspectos bíblico-teológicos relacionados con la lucha entre Dios y el diablo.

El Reino de Dios ocupaba un lugar de suma relevancia en la enseñanza de Jesús (Véase Hechos 1:3). ¿Qué implicaciones tiene esto para el tema que estamos tratando? ¿Por qué fue que esta contienda espiritual se manifestó de manera destacada durante la venida de Jesús a la tierra?

¿Qué se quiere decir al referirse al diablo como el gobernante de este mundo? ¿Cómo podemos comparar en la actualidad la victoria lograda por Jesús en la cruz con el poder ejercido por el maligno? El propósito aquí es enmarcar el tema de la guerra espiritual en una perspectiva bíblica más amplia.

En la *segunda* parte se analizará más concretamente la estrategia y los métodos que utiliza el diablo. ¿Cómo trata el diablo de introducirse en la vida de los creyentes y de la congregación cristiana? La tentación de Jesús en el desierto es particularmente instructiva a este respecto (Mt. 4).

En la sección *final*, exploraremos cómo resistir al diablo. En la lucha espiritual, es esencial profundizar en la identidad del creyente en Cristo. Además, se destaca que gran parte de esta batalla espiritual ocurre en los corazones y las mentes. ¿Cuál es el papel fundamental desempeñado por la Palabra de Dios y el Espíritu Santo en esta contienda? ¿Qué medidas pueden adoptarse para estar mejor preparados frente al diablo?

La Biblia nos exhorta a participar en la buena batalla. Esta es la contienda que Dios ha venido librando desde la Caída del hombre, en contra de todo lo que es maligno.

El creyente está llamado a tomar posición en esta lucha y afortunadamente no está solo en esto, ya que Dios provee hermanos y hermanas para luchar juntos, pues Él nos hace parte de una comunidad de fe.

Preguntas para reflexionar

1. Hoy en día hay muchos enfrentamientos. En muchas zonas —por ejemplo, donde los cristianos son oprimidos, perseguidos y exterminados— esa lucha desemboca en la violencia física. Además, en todo el mundo hay muchas variantes de la batalla espiritual. ¿Qué forma de lucha le da más miedo? ¿Le da igual en qué parte del mundo viva?

2. Podemos sobreestimar o subestimar al adversario de Dios. ¿Cómo podemos encontrar el equilibrio adecuado?



Testimonio: La batalla espiritual una realidad constante

«Sean sobrios y velen. Su enemigo, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resístanlo, firmes en la fe...» (1 Pedro 5:8-9).

Estas palabras no son un eco lejano del pasado. Son un llamado urgente para ti y para mí, aquí y ahora. La vida cristiana no es un paseo tranquilo: es una batalla constante. Basta con abrir los ojos a lo que sucede a nuestro alrededor —guerras, violencia en las calles, injusticias que aplastan a millones— para darnos cuenta de que no se trata solo de luchas humanas. La Biblia nos muestra que detrás de todo esto existe una realidad más profunda: la batalla espiritual.

Pedro nos advierte que el diablo está al acecho, buscando devorar. Su estrategia es siempre la misma: distorsionar la imagen de Dios en ti, alejarte de tu Creador a través de la mentira, la tentación y la opresión. Y tú lo sabes: no hablamos de algo abstracto. Esta lucha la sientes en tu vida personal, en tu familia, en tu comunidad y en el mundo en el que sirves.

Pero aquí está la buena noticia: aunque la batalla es real, la victoria ya está asegurada en Cristo. En la cruz, Jesús desenmascaró y derrotó a los poderes del mal, y abrió para ti un camino de libertad y esperanza. Eso significa que no estás llamado a ser un espectador pasivo. Estás llamado a mantenerte firme en la fe.

Dios ya te ha equipado con armas espirituales: la oración que abre el cielo, la Palabra que ilumina la oscuridad, la

fe que resiste los embates, y la armadura completa que Pablo describe en Efesios 6. Con ellas puedes enfrentar la batalla y perseverar. Ser cristiano no es solo aceptar que vivimos en un combate, sino entrar en él desde tu nueva identidad en Cristo, sabiendo que en Él eres más que vencedor.

Así como Pedro exhortaba a sus hermanos a mantenerse sobrios y vigilantes, hoy la exhortación llega hasta ti. No estás solo. Dios mismo te sostiene y te fortalece para que no cedas al miedo ni al engaño, sino que vivas en la libertad y en la esperanza que brotan de la victoria de Jesús.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué armas espirituales estás usando de manera activa en tu vida diaria para resistir las artimañas del enemigo?
2. ¿Cómo puedes mantener tu fe firme cuando la batalla espiritual se intensifica y parece abrumadora?
3. ¿Qué significa para ti vivir cada día desde la victoria ya ganada por Cristo en la cruz?

Parte I

El Reino de Dios y el reino de las tinieblas

El Reino de Dios

2

«[...] *su reino no tendrá fin*» (Lc. 1:33)

Dondequiera que el Reino de Dios irrumpe en la tierra, se encuentra con resistencia y oposición. Esto no debería sorprendernos: el mundo, caído en el pecado, se ha convertido en el campo de acción del maligno. La historia del Reino de Dios puede describirse como la contienda a lo largo de los siglos entre el Reino de Dios y el reino de Satanás.

Dios gobierna como Rey

El Antiguo Testamento afirma de diversas formas que Dios es Rey, como se observa en pasajes como los Salmos 47-48, 93-97, 145-146. Este mensaje adquiere un significado más concreto en la enseñanza de Jesús y de los apóstoles. La venida de Jesús a esta tierra anuncia la llegada del Reino de Dios (Mateo 3:2; 4:17). Jesús envía a sus doce discípulos (Lucas 9:1-6) y más tarde a los setenta (Lucas 10:9,11) a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos.

¿Qué se entiende en estos textos por el 'Reino de Dios'? La palabra griega '*basileia*' significa 'reinado' o 'esfera de gobierno'. En el Nuevo Testamento, *basileia* se encuentra a menudo en la expresión '*he basileia tou theou*' (el Reino de Dios), que debe significar 'el reinado de Dios' o 'la esfera de influencia del reinado de Dios'. Así, cuando pensamos en el término '*basileia*', debemos pensar principalmente en el reinado de Dios. Dios es el rey de toda la tierra, canta el poeta en el Salmo 47:8. No solo es el rey de Israel, sino que también gobierna sobre los pueblos de esta tierra, su reinado se extiende sobre todas las cosas. El Reino de Dios no es, pues, una realidad territorial, sino espiritual, se trata del gobierno salvífico de Dios sobre toda la vida.

Cuando se afirma que este Reino o reinado se ha 'acercado' o 'está más cerca', la idea es de una proximidad en

términos locales o espaciales. En Jesús, el Rey de ese Reino, Dios entra visiblemente en esta realidad terrenal. Allí donde Jesús actúa como Rey, las personas experimentan el perdón de sus pecados, en ocasiones la sanidad física de sus dolencias y la liberación de espíritus malignos.

Siempre que el Espíritu de Dios impulsa la proclamación del nombre de Jesús, se pueden observar poderosos milagros en acción. A lo largo de la historia de la Iglesia, en momentos de avivamiento, la vida espiritual recibe un renovado impulso, las personas se arrepienten de sus pecados, se produce una reforma en la moral y la ética, disminuye el abuso del alcohol y aquellos en prisión encuentran una nueva vida. En resumen, la vida en la tierra empieza entonces a reflejar el resplandor del cielo.

Un hilo rojo en la Biblia

La importancia que el Señor Jesús dio a la realeza de Dios (o al reino de Dios) queda clara en todo el evangelio. Cuando habla del fin del mundo, en medio de la guerra y la violencia, el odio y el desamor, el engaño y la falsa profecía, también afirma que se predicarán las buenas nuevas del Reino en todo el mundo para dar testimonio a todas las naciones (Mt. 24:14; véase también Mc. 13 y Lc. 21). No será hasta que eso ocurra cuando llegue el fin del mundo. Jesús se aparece a sus discípulos tras su resurrección de entre los muertos, y les habla durante cuarenta días —el tiempo que transcurre entre la Pascua y la Ascensión— sobre el Reino de Dios (Hch. 1:3).

En la predicación de los apóstoles después de Pentecostés, el Reino también desempeña un papel importante. Felipe predica el evangelio del Reino de Dios y del nombre de Jesucristo (Hch. 8:12), en esto se ve claramente la estrecha relación entre el Reino y Jesús en la predicación apostólica.

El apóstol Pablo sigue el mismo camino. En Éfeso, Pablo intenta durante tres meses en la sinagoga convencer a

los judíos de las cosas del Reino de Dios (Hch. 19:8). Toda la enseñanza del apóstol está dominada por el Reino (Hch. 20:25), incluso, el libro de los Hechos termina con ello. El apóstol Pablo llegó a Roma como prisionero del emperador, pero como se lee al final del libro: *«y sin ningún temor ni impedimento les predicaba acerca del reino de Dios y les enseñaba acerca del Señor Jesucristo.»* (Hch. 28:31; véase también el v. 23).

Por tanto, quien lee los evangelios y las epístolas del Nuevo Testamento descubre que la expectativa del Reino de Dios es central. Con la venida de Cristo, la expectativa del Antiguo Testamento se ha avivado y fortalecido, es el cumplimiento de lo que los profetas visionarios y los videntes inspirados ya habían visto desde lejos.

Este papel central del Reino de Dios en la predicación del Señor Jesús y de los apóstoles plantea la cuestión de por qué se le da tanta importancia, de hecho, de por qué el Reino de Dios debe tener prioridad absoluta (Lc. 9:57-62). La respuesta es doble: hablar del Reino de Dios que se ha acercado es, por un lado, el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento y, por otro, la realización de estas promesas hoy en día.

Mucho antes de la venida del Señor Jesús, los grandes profetas de Israel —Isaías, Jeremías y Ezequiel (véase Is. 40:10-11; 52:7-10; Jer. 31:10-12; Ez. 34)— ya habían hablado de la venida del Reino de Dios. En el momento en que se cumplirían las promesas e intenciones de Dios, Israel se salvaría de la opresión pagana. El mal —especialmente el de los imperios opresores— sería condenado y Dios haría surgir un nuevo período de justicia y paz.

La forma en que el Señor cumpliría todas estas promesas está relacionada en varios textos con un rey ungido. Así se oye decir al Señor: *«'Ya he establecido a mi rey sobre el monte Sión, mi lugar santo' [y] 'Tú eres mi hijo'»* (Sal. 2:6-7).

Según Isaías 11, del tronco cortado de Isaí saldrá alguien sobre quien reposará el Espíritu del Señor y que establecerá el reino de la paz en la tierra. El profeta Zacarías habla de un rey justo y humilde, que vendrá sobre un asno y establecerá la paz entre las naciones (9:9-10). También Daniel previó un tiempo en el que Dios investiría a alguien como un hijo de hombre con una realeza eterna, que no sería destruida (10:13-14).

Cuando Jesús retoma el tema del Reino y lo lleva al centro de su predicación, todas estas líneas del Antiguo Testamento se unen. El tema de la realeza de Dios y las promesas del reino mesiánico (Is. 9:1-11; 11:1-10; 25:6-12; 35) alcanzan su cumplimiento y clímax en la persona del Señor Jesucristo, en cumplimiento de las Escrituras anunciadas por los profetas.

El discurso del Nuevo Testamento sobre el Reino de Dios no se refiere al reinado general y siempre presente de Dios, sino al Reino de paz mesiánico anunciado por los profetas y confirmado por Dios (véase especialmente Is. 2:2-5; Dn. 2:44-45; Miq. 4:1-5). Jesús es el Rey prometido por Dios, él es el ungido que, equipado por el Espíritu de Dios, cumplirá las promesas del Antiguo Testamento. Los primeros seguidores de Jesús vieron en él mucho más que un maestro o un sanador, creían que Dios mismo se había convertido en Rey en la tierra en la persona de Jesús. Con la venida del hijo a esta tierra, el Reino, es decir, el nuevo mundo de Dios comienza a irrumpir en el presente.

Aunque el término 'cielo' en la expresión 'Reino de los cielos' pretende evitar la pronunciación del nombre de Dios, expresa bien la esencia de la venida de Jesús. En él, el Reino de los cielos ha entrado en la realidad terrenal. El aspecto de este nuevo comienzo es descrito acertadamente por Lucas:

«Jesús fue a Nazaret, donde se había criado, y en el día de reposo entró en la sinagoga, como era su costumbre, y se levantó a leer las Escrituras. Se le dio el libro del profeta Isaías, y al abrirlo encontró el texto que dice: 'El Espíritu del

Señor está sobre mí. Me ha ungido para proclamar buenas noticias a los pobres; me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a proclamar el año de la buena voluntad del Señor'.» (Lc. 4:16-19; véase Is. 61:1)

Jesús es el Mesías ungido por Dios, que restaurará el gobierno salvífico de Dios en Israel y en esta tierra. Al mismo tiempo, se debe notar que la venida de Jesús a esta tierra está marcada por su humillación. Desde el principio, la sombra de la cruz se cierne sobre la vida terrenal de Jesús en la tierra, la salvación de Dios aún no irrumpe en su plenitud. Los milagros que hace Jesús son signos en los que brilla el futuro celestial de Dios.

El Reino de Dios se encuentra donde está Jesús

La respuesta a la pregunta '¿dónde se encuentra el Reino de Dios?' es clara: donde está Jesús. Después de todo, él es la persona central de este reino, es el Rey que Dios ha dado a Israel y al mundo. En Jesús, Dios, como legítimo dueño de este mundo, pone sus pies en la tierra y acerca así su realeza a los hombres. En Jesús, Dios proclama la buena noticia del perdón, la redención y del Reino de Dios, de la sanidad y la liberación, llama a las personas al arrepentimiento (de sus malas obras) y a aceptar este evangelio con fe (Mc. 1:15).

El gobierno de Dios se hace visible en las obras que realiza Jesús, cuando lleva a las personas a una relación correcta con Dios, sana a los enfermos y libera a la gente de los demonios. Su reino se manifiesta así de manera tangible. Al fin y al cabo, Jesús mismo dice: «*Pero si yo expulso a los demonios por el poder del Espíritu de Dios, eso significa que el reino de Dios ha llegado a ustedes.*» (Mt. 12:28). Lo que es cierto para Jesús también lo es para sus discípulos. Cuando Jesús les envía a hacer las obras que les ha encargado, el gobierno real de Dios se hace tangible en la vida de las personas: «*Vayan y prediquen: 'El reino de los cielos se*

ha acercado.' Sanen enfermos, limpien leprosos, resuciten muertos y expulsen demonios. Den gratuitamente lo que gratuitamente recibieron.» (Mt. 10:7-8). El Reino de Dios es central en la predicación y la enseñanza de Jesús. Él viaja por Galilea, predicando el evangelio del Reino de Dios de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo (Lc. 4:43; 8:1), enseña en las sinagogas sobre el Reino (Mt. 4:23; 9:35).

Aunque Dios garantiza la llegada de su Reino en todo, las acciones de nosotros, los humanos, no carecen de sentido, sino que tienen una gran importancia. Jesús enseña a sus discípulos a orar diariamente por la llegada de su Reino, y es que tenemos no solamente la vocación y el llamado, sino la autoridad para traer el cielo a este mundo por medio de la oración, como se refiere en el Padre Nuestro: 'venga tu Reino (a la tierra)'.

Esta oración se refiere a una vida en la que Dios gobierna y todas las personas doblan sus rodillas ante él. La oración y la expectativa de un futuro salvífico de Dios, en el que este es reconocido como el Dios de Israel y de todos los pueblos de la tierra, es la perspectiva universal que abrigan Israel y los seguidores de Jesús de entre las naciones. Los que oran por esto también expresan la disposición a dejarse comprometer por el Espíritu de Dios para buscar el bien en este mundo y abstenerse de hacer lo que puede obstaculizar el Reino de Dios.

La oscuridad debe ceder

Desde el momento en que Jesús pone sus pies en la tierra hay confrontación y oposición. Ya en el nacimiento de Jesús, a su madre María se le advierte que él está destinado a ser una 'caída y levantamiento' y 'una señal que será contradi-cha'. La lucha y la oposición se manifiestan cuando Jesús se enfrenta al pecado, a la enfermedad y la muerte, y al diablo (Lc. 2:34).

1. Confrontación con el pecado

El Reino de Dios es incompatible con el pecado. En la persona de Jesús, la absoluta santidad de Dios se enfrenta directamente con la realidad de los pecados que afectan y aprisionan a la humanidad. Este es el mismo pecado que ha generado una separación entre Dios y el ser humano desde la caída en el paraíso. La llegada de Jesús tuvo como propósito tender un puente sobre la irreparable brecha entre el Dios santísimo y el hombre pecador. En la cruz, realizó una expiación por los pecados nuestros y de todo el mundo (1 Jn. 2:2).

Esto queda claro desde el principio. El ángel le dice a José que debe dar a su hijo el nombre de 'Jesús', «[...] *porque él salvará a su pueblo de sus pecados.*» (Mt. 1:21). Quien sigue el recorrido del Señor Jesús en los evangelios puede ver que, efectivamente, vino con este propósito. En el Sermón del monte, la enseñanza de Jesús sobre la vida según el Reino aborda expresamente el problema del pecado y la culpa. No solo en la expresión 'perdona nuestras deudas' del padre Nuestro, sino también en la enseñanza que sigue, ya que quien se convierte en súbdito del Reino, empieza a vivir según los principios de ese Reino y esto significa que quien se reconcilia con Dios y recibe el perdón, también perdonará a los demás.

En los numerosos encuentros que Jesús tiene con las personas, les perdona sus pecados y les permite participar en la absolución. Jesús perdona los pecados de un paralítico (Mt. 9:1-8; Mc. 2:1-13; Lc. 5:17-26), también un pecador en casa de Simón es generosamente perdonado por él (Lc. 7:36-50). No condena a una mujer que ha cometido adulterio, ella puede irse en paz, y debe romper con su vida pecaminosa (Jn. 8:1-11). ¿Por qué Jesús perdona los pecados de estas personas? Porque vienen a él con sus necesidades y problemas, y le reconocen como Señor y Salvador. Es así cómo es posible recibir la salvación de una manera tan sencilla y profunda.

Jesús otorgó el perdón como ningún otro, por mucho mal e injusticia que se le hiciera, él nunca pecó. Cuando la gente le insultaba, maldecía, ultrajaba, él nunca les devolvió la hostilidad; cuando sufría, no les amenazó ni levantó la voz (1 Pd. 2:19-25). En la cruz, intercedió por los que le blasfemaban: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*» (Lc. 23:34). El gran secreto de su vida es que tomó los pecados del ser humano sobre sí mismo en la cruz para expiarlos (véase las inolvidables palabras de Pablo al respecto en Rom. 3:21-25; 5:6-11).

El hecho de que Jesús perdone a las personas sus pecados muestra que la vida en el Reino de Dios es incompatible con el pecado y la desobediencia. Con este trasfondo deben observarse los suficientes comentarios de las cartas, que enumeran los pecados que impiden a cualquiera entrar en el Reino de Dios. Por ejemplo, Pablo escribe con gran firmeza: «*Ustedes bien saben que ninguno que sea libertino [fornicario, inmoral], inmundo, o avaro (es decir, ningún idólatra), tendrá parte en el reino de Cristo y de Dios.*» (Ef. 5:5; véase también 1 Cor. 6:9-10; Gál. 5:21). Se exhorta a los creyentes a dejar atrás estos pecados y a romper con ellos, porque son incompatibles con la vida que Dios quiere y que debe expresarse en el Reino.

El pecado de las personas con las que Jesús como salvador se encontró tenía muchas facetas y dimensiones. También se puede observar esta diversidad en las expresiones que el Antiguo Testamento utiliza para referirse al pecado. En los diferentes textos encontramos tres expresiones donde cada una representa un aspecto del pecado: *chattā't*, 'pecado, en el sentido de errar el blanco'; *'awōn*, 'iniquidad'; y *pesha'*, 'transgresión, rebelión'.

Jesús entabló relaciones con personas que encarnaban estos tres conceptos. Se relacionó con individuos que habían tomado decisiones erróneas en sus vidas y con personas que habían extraviado el propósito que Dios tenía para sus vidas (*chattā't*). También se encontró con aquellos

que, debido a la impureza sexual, habían caído en la injusticia ante los ojos de Dios ('awōn). (Por ejemplo, consulte las extensas exhortaciones de Pablo en Efesios 5:3-7 o Gálatas 5:19-21). En sus controversias con fariseos y escribas, Jesús se vio obligado a confrontar la obstinación y la rebelión (*pesha'*), quienes se resisten a aceptar que él había venido de Dios.

En múltiples aspectos, Jesús se encontró con el pecado y la incredulidad, tanto de sus oponentes como de sus propios seguidores. Un ejemplo evidente de esto es el enfrentamiento con Pedro: *«Pero él se volvió y le dijo a Pedro: '¡Aléjate de mi vista, Satanás! ¡Me eres un tropiezo! ¡Tú no piensas en las cosas de Dios, sino en cuestiones humanas!'»* (Mt.16:23; Mc. 8:33). Además, se refleja en la reacción de Jesús hacia sus discípulos cuando no lograron sanar al joven poseído por un demonio: *«[...] ¡Ay, gente incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar con ustedes? ¿Hasta cuándo tendré que soportarlos? [...]»* (Mt. 17:17; Mc. 9:19; Lc. 9:41).

2. Confrontación con la enfermedad y la muerte

Jesús también se enfrentó a la enfermedad y la muerte. El profeta Isaías había profetizado que el Mesías venidero, como el 'Hombre de dolores', llevaría consigo nuestras enfermedades (Isaías 53:3-4). El castigo por nuestra paz cayó sobre él, y a través de sus heridas llegó la sanidad (Isaías 53:5). Esta poderosa promesa profética se cumplió en la vida de nuestro Señor Jesús de dos maneras. En la cruz, él no solo cargó con el pecado humano, sino también con las enfermedades que resultaron de dicho pecado. El sufrimiento humano, como consecuencia del pecado, también debía ser reconciliado con Dios. Los profetas habían anticipado que Dios traería salvación al destruir la muerte para siempre (Isaías 25:8; cumplido por Jesús en 1 Corintios 15:54-57), y que llegaría un tiempo en el que ningún habitante dirá: 'Estoy enfermo' (Isaías 33:24; véase Apocalipsis 21:4; 22:2).

Jesús estaba familiarizado con la enfermedad porque conoció a muchas personas enfermas y aquejadas de todo tipo de dolencias. Cuando Jesús proclama el evangelio al comienzo de su ministerio público, sana 'toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo'. La gente trae a los enfermos; muchos de ellos en condiciones críticas; a los que están afligidos por los dolores y atormentados por los demonios, a los lunáticos y a los paralíticos, y Jesús los sana (Mt. 4:23-24; véase también 12:15; Mc. 1:32-34; 3:10; Lc. 4:40-41; 9:6). Más tarde, Jesús al sanar a un leproso, a un siervo de un jefe romano y a la suegra de Pedro (Mt. 8:1-15; Lc. 4:38-39; 5:12-16), de nuevo la gente de la ciudad lleva a Él muchos enfermos. Jesús expulsa los espíritus malignos y 'sana a todos los que estaban mal'. Mateo reconoce que se cumplió la profecía de Isaías 53: *«Esto, para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: 'Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.'»* (Mt. 8:17). Cuando Jesús ve a la gran multitud de personas que le siguen, se compadece interiormente de ellos y sana a los enfermos entre ellos (Mt. 14:14; 19:2; 21:14).

Es la compasión divina que Jesús lleva en lo más profundo de su corazón lo que emerge cuando ve el sufrimiento y la necesidad de la gente. Nadie es llevado a Jesús o puesto a sus pies en vano. Cuando la gente ve esta compasión divina en acción, glorifica al Dios de Israel (Mt. 15:29-31). A veces, los milagros que hizo Jesús, sobre todo los realizados en el día de reposo, provocan oposición. Para los opositores de Jesús, las acciones que él realizaba el sábado se convirtieron en razón para matarle más tarde (Mt. 12:9-14; Mc. 3:1-6; Lc. 6:6-11). Hay muchos más ejemplos de personas que en su encuentro con Jesús, recibieron la sanidad de su enfermedad o dolencia.

Resulta sorprendente que Jesús tuviera una visión integral de las personas. El paralítico llevado a Jesús por sus amigos no solo es sanado, sino que también se le perdonan sus pecados (Mt. 9:1-8). El hombre que lleva treinta y ocho años enfermo y que no tiene a nadie que lo cuide, es sanado,

perdonado y sacado de su aislamiento por Jesús (Jn. 5:1-18), y muchos más ejemplos. El Reino de Dios no se limita únicamente al cuerpo ni exclusivamente al alma; Dios se ocupa de la persona en su totalidad: espíritu, alma y cuerpo.

Jesús también enfrentó la muerte, el enemigo más formidable. Aunque la enfermedad a veces la precede, fue la propia muerte la que él venció. Durante su ministerio, se enfrentó varias veces a este poder destructivo. Un ejemplo se encuentra en Lucas 7:11-17, donde la procesión de Jesús se cruza con el cortejo fúnebre en Naín. Cuando Jesús toca al niño que yace en el ataúd, la vida fluye de nuevo en el cuerpo. Con la poderosa palabra de Jesús, 'Joven, a ti te digo: ¡Levántate!', la muerte retrocede. Poco después, la hija fallecida de Jairo también es restaurada a la vida (Lc. 8:40-56), y Lázaro, quien había muerto, es llamado por Jesús de regreso a la vida (Jn. 11:1-46).

Cuando el Reino de Dios se manifiesta en la tierra, la enfermedad y la muerte se ven forzadas a ceder, serán erradicadas por la mano divina. La evidencia definitiva del poder de Jesús se revela en la cruz, donde la muerte es derrotada, vencida y aniquilada (1 Co. 15:26), permitiendo que la vida divina irrumpa en una victoria triunfal. En las sanidades realizadas por Jesús, se vislumbra el resplandor del Reino de Dios, donde la enfermedad no tiene cabida, y es por eso por lo que Jesús la enfrenta. No obstante, es evidente que no todos experimentaron sanidad. Hubo ocasiones en las cuales Jesús no pudo sanar a numerosos enfermos debido a la incredulidad que prevalecía en su propia ciudad natal, Nazaret, lo cual constituía un bloqueo significativo (Mc. 6:5; Lc 4:16-30). Esto sirve de ejemplo de cómo las personas pueden erigir barreras que impiden que la obra salvadora de Dios se manifieste en sus vidas.

Dolencias que permanecen

Además, existieron casos de enfermedades que no fueron sanadas. Un ejemplo es el apóstol Pablo, quien llevó consigo una especie de 'aguijón en la carne' (2 Co. 12:7-10).

Aunque no se especifica con precisión qué representaba este 'aguijón', ya fuera una dolencia física, enfrentamientos con adversarios u otras dificultades, Dios decidió no quitársela a pesar de que Pablo había orado en tres ocasiones por su alivio. En cambio, Dios le brindó la fortaleza necesaria para sobrellevar esa situación de sufrimiento. Del mismo modo, se menciona que Timoteo padecía de debilidad física y enfermedades recurrentes (1 Tim. 5:23). Incluso, el compañero de trabajo de Pablo, Trófimo, se vio impedido de acompañar al apóstol en su viaje debido a una enfermedad que lo aquejaba, por lo que tuvo que quedarse en Mileto (2 Tim. 4:20).

Estos ejemplos bíblicos muestran que los enfermos no siempre reciben la sanidad. La fe del Nuevo Testamento no enseña la salud y la liberación completa de todos los males de este mundo presente. Los milagros de sanidad son signos del Reino de Dios, apuntan al día en que Dios hará nuevas todas las cosas y la enfermedad será cosa del pasado.

La presencia del sufrimiento persistente no impide que se ore por la sanidad de las personas. Jesús encomendó a sus discípulos la tarea de predicar el Evangelio, expulsar a los espíritus malignos y sanar a los enfermos (Mt. 10:1; y a los setenta en Lc. 10:9, 17, 19; véase también Mc. 16:17-20), y acciones similares se atribuyen al apóstol Pablo (Hch 19:12). En la comunidad cristiana, algunos han sido dotados con el don de sanidad otorgado por el Espíritu Santo (1 Co. 12:9), y se insta a los ancianos a orar por los enfermos según la voluntad de Dios (Sant. 5:14-17).

En este sentido, los creyentes pueden valientemente interceder al Señor por la salud de aquellos que sufren o están enfermos, pero siempre conscientes de que la sanidad es un milagro, un indicio del nuevo orden divino que se acerca. Una señal no es más que un destello instantáneo, un reflejo de lo que se materializa en el futuro. Los creyentes esperan con fe la plenitud del nuevo mundo divino, al tiempo que reconocen que aún no está completamente realizado y

que en esta jornada terrenal deben enfrentar lágrimas, sufrimiento y adversidades.

3. Confrontación con el diablo

Con la llegada de Jesús, la confrontación con los poderes malignos en la tierra alcanza su máxima intensidad. Es posible que esta sea la confrontación más feroz. Jesús fue ungido por Dios con el Espíritu Santo y con poder para sanar a todos los que estaban oprimidos por el diablo (Hch. 10:38). La naturaleza violenta de la actividad de Satanás se hace evidente en el verbo '*kata-dunasteuō*', que significa 'ejercer poder en contra, dominar'. Ser 'oprimidos por el diablo' no solo se manifiesta en ataduras psíquicas y quebranto mental, sino que también dolencias físicas pueden ser causadas por espíritus malignos (véase Lc. 13:16). Jesús sanó a estas personas afligidas expulsando a los espíritus malignos con su palabra de autoridad (Lucas 4:36).

En cada ocasión que Jesús entra en un pueblo o una sinagoga, se enfrenta a una oposición demoníaca. En su recorrido por Galilea, se encuentra con numerosas personas afligidas por demonios, a quienes predica el evangelio y de quienes expulsa a los demonios (Mc. 1:34, 39). En las sinagogas a las que asiste, también se manifiestan demonios y espíritus inmundos (Mc. 1:23-25; Lc. 4:33-35). En su camino, Jesús también se encuentra con personas poseídas por demonios: por ejemplo, alguien que no puede hablar (Mt. 9:32-34; Lc. 11:14-23), un niño lunático (Mt. 17:14-18; Lc. 9:37-42) y el hombre poseído por una legión de demonios en Gá-dara (Mc. 5:1-20; Lc. 8:26-39).

En Jesús, la santidad y el poder del amor divino se enfrentan contra la impureza de los poderes malignos. Estos poderes demoníacos deben ser erradicados y deben reconocer la superioridad de Jesús (véase Sant. 2:19). En Marcos 3:11 se relata: *«Cuando los espíritus impuros lo veían, se arrodillaban delante de él y a gritos le decían: ‘¡Tú eres el Hijo de Dios!’»*. Cada vez que Jesús expulsa a los demonios y libera a las personas, el Reino de Dios se manifiesta de

manera tangible (Mt. 12:28), y esto era precisamente su propósito. Jesús vino a deshacer las obras del diablo (1 Jn. 3:8). Aquellos que le siguen con fe son empoderados por él para resistir al maligno (1 Pd. 5:9; Ef. 6:11) y para expulsar a los demonios (Mc. 16:17).

Aquellos que abrazan la fe en Jesús experimentan una liberación del dominio de las tinieblas y son trasladados al reino del Hijo amado de Dios (Col. 1:13; Hch. 26:18). Sin embargo, esta liberación, en algunos casos, no ocurre automáticamente; en muchos, puede ser un proceso que se extienda a lo largo de años e incluso durante toda una vida. La intervención divina es poderosa y transformadora durante el momento de la conversión y la adopción de la fe; de hecho, sin esta obra divina de gran envergadura, nadie podría llegar a la fe en primer lugar. Pero el adversario no renuncia fácilmente a su presa, por lo que Pablo recalca enfáticamente: *«Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder»* (1 Co. 4:20), y también afirma que 'El evangelio de Cristo es poder de Dios para la salvación' (Rom. 1:16).

El poder de Dios es necesario para liberar a la gente del poder del maligno.

Satanás puede tratar de conseguir o mantener un control sobre una persona de diferentes maneras: a través de la tentación (Mt. 4:1-11), la preocupación y los deseos y afanes de este mundo (Mt. 13:1-17; Mc. 4:1-20), Satanás trata de quitar la Palabra de Dios sembrada y hacerla impotente.

El pensamiento humano también puede ser influenciado por el adversario de Dios. Pedro experimentó esto, justo después de haber confesado a Jesús como el Mesías, se opuso al camino de sufrimiento que debía recorrer Jesús para lograr la reconciliación con Dios (Mt. 16:23). Pedro cometió el error de dejarse llevar por consideraciones terrenales y humanas. El pensar de forma meramente humana puede convertir al hombre en adversario de Dios.

Preguntas para reflexionar

1. ¿En qué lugares o situaciones percibe hoy la presencia del Reino de Dios?
2. ¿Para quién está abierto el Reino de Dios y qué se requiere para entrar en él?
3. Desde la venida de Jesús a la tierra, han surgido luchas y oposición. ¿En qué ámbitos de la vida reconoce usted que Jesús enfrenta a los poderes del mal? ¿Cómo lo percibe en su propia vida y qué significado tiene para usted?



Testimonio: La batalla no es solo un sueño

Yanet estaba sola en casa. Se despertó de madrugada y, aunque intentó volver a dormir, no pudo. Su corazón comenzó a latir con fuerza y, de pronto, una sensación de terror la envolvió. Percibía una presencia oscura y opresiva en la habitación, como si algo se cerniera sobre ella. Intentó moverse, pero sus brazos y piernas no respondían. Quiso gritar, pero de su boca no salió sonido alguno. El miedo la paralizaba por completo.

Lo que pareció una eternidad fueron, en realidad, apenas unos minutos. La presencia desapareció, y su cuerpo recuperó la movilidad. Pero Yanet quedó profundamente perturbada. Una pregunta no la abandonaba: ¿había sido solo una pesadilla o algo más real?

Quizás tú también te has hecho esa pregunta. Tal vez has vivido momentos en los que sentiste que algo oscuro te rodeaba, y no supiste cómo explicarlo. ¿Era un sueño, una reacción de tu mente cansada... o estabas enfrentando algo espiritual?

Déjame decirte esto: no estás solo en tu experiencia. A lo largo de mi ministerio, en Chile y en otros países, he escuchado muchos testimonios semejantes al de Yanet. Creyentes que han sentido de cerca la presión de lo invisible, como si una batalla real se librara sobre sus vidas. Y no se trata de historias aisladas: es un recordatorio de que, como cristianos, estamos inmersos en una guerra invisible.

De hecho, fue escuchar testimonios como el de Yanet lo que me impulsó a escribir este libro. Descubrí cuán necesario es hablar con claridad de la guerra espiritual, porque el enemigo busca infiltrarse en nuestra vida cotidiana: en lo grande y en lo pequeño, en lo visible y en lo invisible, incluso en la quietud de una noche cualquiera.

La pregunta es inevitable: ¿estás preparado para enfrentar esa batalla? No se trata de confiar en tu fuerza, ni en tu lógica, ni en tu control. La única victoria real se encuentra en Cristo. En la cruz, Él venció al enemigo y abrió para nosotros un camino de libertad y esperanza. Esa es tu seguridad. Esa es tu defensa.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Has vivido alguna experiencia que te hizo cuestionar si era un simple sueño o una manifestación espiritual?
2. ¿Cómo te preparas espiritualmente para enfrentar lo desconocido y resistir en la fe?

Bibliografía seleccionada

- Anderson, Neil T. *Rompiendo las Cadenas: La lucha contra las fuerzas demoniacas*. Miami, FL: Unilit, 2001
- Anderson, Neil T. *Victoria sobre la oscuridad - Reconoce el poder de tu identidad en Cristo*. Miami, FL: Unilit, 2002
- Arnold, Clinton E. *3 Crucial Questions about Spiritual Warfare, 5th edition*. Grand Rapids, MI: Baker Books, 2002
- Arnold, Clinton E. *Powers of Darkness. Principalities & Powers in Paul's letters*. Downers Grove, IL: IVP Academic, 1992
- Beeke, Joel. *La Lucha contra Satanás: Conociendo el enemigo. Sus debilidades, estrategias y derrota*. Graham, NC: Faro de Gracia, 2008.
- Devenish, David. *Demolishing Stronghold. Effective strategies for Spirit Warfare, 3th edition*. Bletchley: Authentic Media, 2013.
- Jimenez, Carlos A. *Guerra Conquista y Victoria*. Cartago, Colombia: Presencia Editores, 2023.
- Logan, Jim and Stanley, Charles. *Reclaiming Surrendered Ground*. Chicago, IL: Moody Publishers, 1995
- MacArthur, John. *Equipados para la batalla: Como resistir al enemigo de tu alma*. El Paso, TX: Editorial Mundo Hispano, 2007.
- MacArthur, John. *Verdad en guerra: Peleando por certidumbre en una era de decepción*. Nashville, TN: Grupo Nelson, 2011.
- Meyer, Joyce. *El campo de batalla de la Mente: Ganar la Batalla en su Mente*. Brentwood, TN: Faithwords, 2011.
- Murphy, Ed. *El Manual de Guerra Espiritual: Cómo liberar y proteger a los tuyos*. Nashville, TN: Grupo Nelson, 1995.

- Prince, Derek. *Guerra Espiritual: Preparándote para la batalla*. New Kensington, PA: Whitaker House, 2008.
- Prince, Derek. *They shall Expel demons. What you need to know about demons – Your invisible Enemies, 12th edition*. Grand Rapids, MI: Chosen Books, 2004
- Stanley, Charles F. *Cuando el enemigo ataca*. Nashville, TN: Editorial Caribe, 2004.
- Storms, Sam and Arnold, Clinton E. *Understanding Spiritual Warfare: A Comprehensive Guide*. Grand Rapids, MI: Zondervan, 2021
- Sydney H. T. *Powers of Evil. A biblical study of Satan & Demons, 2 edition*. Grand Rapids, MI: Baker Academic 1995
- Vreugdenhil, G.C. *Psalm 91 and demonic menace (OTS 77)*. Leiden: Brill, 2020.
- Wagner, Doris M. *How to cast out demons. A guide to the basics*. Ventura: Chosen Books, 2000
- Warner, Timothy M. *Guerra espiritual: Victoria sobre los poderes de las tinieblas*. Miami, FL: Unilit 1996.